

# ASESINATO ES LA PALABRA

ANTHONY HOROWITZ



«Diana Cowper organizó su propio funeral, pero ¿planeó también su propio asesinato?»

Daniel Hawthorne, expolicía desacreditado, un investigador tan brillante como excéntrico, necesita un escritor que documente su trabajo. El elegido es Anthony Horowitz, que pronto se verá envuelto en una historia que nunca hubiera imaginado para uno de sus libros. Quizá, como uno de sus personajes, su vida esté en peligro más de lo que nunca llegó a imaginar.

## Índice de contenido

Cubierta

Asesinato es la palabra

1. Disposiciones funerarias
2. Hawthorne
3. Capítulo 1
4. El lugar de los hechos
5. El lacerado
6. Declaraciones de testigos
7. Harrow-on-the-Hill
8. Heridas del pasado
9. El influjo de las estrellas
10. Reunión de guion
11. El funeral
12. El olor a sangre
13. En la piel del muerto
14. Willesden Green
15. Almuerzo con Hilda

16. Inspector Meadows

17. Canterbury

18. Deal

19. Señor Tibbs

20. La vida de la artista

21. RADA

22. Tras la máscara

23. Horario de visitas

24. River Court

Agradecimientos

Sobre el autor

Notas

## 1

## Disposiciones funerarias

Justo pasadas las once en punto de una mañana de primavera de cielo raso, en uno de esos días en los que la luz del sol es casi blanca y nos promete un calor que no llega a darnos, Diana Cowper cruzó Fulham Road y entró en una funeraria.

Era una mujer baja con aspecto de ser muy pragmática: había determinación en su mirada, llevaba el pelo muy corto, se le notaba hasta en los andares. Al verla venir, el primer instinto era apartarse y dejarla pasar. No parecía anti-pática, sin embargo. Tenía sesenta y pico años y una cara redonda que resultaba agradable. Vestía ropa cara, con una gabardina en tonos claros abierta para dejar a la vista un suéter rosa y una falda gris. Llevaba un grueso collar de cuentas y piedras que costaba saber si era caro o no y varios anillos de diamantes que sin duda lo eran. Por las calles de Fulham y South Kensington había muchas mujeres como ella. Bien podía haber ido camino de una galería de arte o a comer con alguien.

La funeraria se llamaba Cornwallis e Hijos. Hacía esquina en una hilera de adosados, y tenía un letrero, en tipografía clásica, tanto en la entrada como en el lateral, para que se viera desde todos los frentes. Ambos carteles estaban separados por la presencia de un reloj de estilo Victoriano, colocado sobre la puerta de la calle, cuyas agujas se habían detenido, muy oportunamente, a las 11:59, a un minuto de la oscura medianoche. Bajo el nombre, también en ambos carteles, aparecía la leyenda: POMPAS FÚNEBRES INDEPENDIENTES. NEGOCIO FAMILIAR DESDE 1820. Había tres ventanas que

daban a la calle, dos con cortinas y una tercera sin nada, solo un libro de mármol abierto y con una cita grabada: «Las penas nunca vienen como espías de avanzada, sino en batallones<sup>[1]</sup>». Toda la carpintería —los marcos de las ventanas, el frontal, la puerta principal— estaba pintada de azul oscuro casi negro.

Cuando la señora Cowper abrió la puerta, resonó con fuerza, una sola vez, una campana que pendía de un anticuado mecanismo de resortes. Se vio en una pequeña recepción con dos sofás, una mesa baja y varias estanterías con libros que inspiraban esa peculiar sensación de tristeza que dan los libros no leídos. Una escalera subía al resto de plantas. De la sala salía un pasillo estrecho.

Casi al mismo tiempo apareció por las escaleras una mujer regordeta, con piernas rotundas y zapatos cerrados de cuero negro. Sonreía amable y cortésmente, con una sonrisa que daba a entender que sabía que estaban ante un asunto delicado y doloroso pero que sería solventado con calma y eficacia. Se llamaba Irene Laws. Era la secretaria personal de Robert Cornwallis, el director de la funeraria, y hacía también las veces de recepcionista.

—Buenos días. ¿Puedo ayudarla en algo? —preguntó.

—Sí, me gustaría contratar un funeral.

—¿Viene por alguien que ha muerto recientemente?

La palabra «muerto» estaba pensada. Nada de «fallecido» o «difunto». La mujer había adoptado como política laboral hablar a las claras, comprendiendo que, al fin y al cabo, así resultaba menos doloroso para los allegados.

—No, es para mí —respondió la señora Cowper.

—Entiendo.

Irene Laws no parpadeó. ¿Por qué habría de hacerlo? No era en absoluto inusitado que la gente planificara su propio funeral.

—¿Tenía usted cita?

—No, no sabía que hiciera falta.

—Veré si el señor Cornwallis está libre. Siéntese, por favor. ¿Quiere una taza de té o un café?

—No, gracias.

Diana Cowper se sentó mientras Irene Laws desaparecía por el pasillo para reaparecer a los pocos minutos siguiendo a un hombre que encajaba tan religiosamente con la imagen de director de funeraria que bien podía haber estado representando un papel. Estaban presentes, por supuesto, el traje oscuro y la corbata de tonos apagados de rigor. Pero ya solo con la postura parecía estar disculpándose por su mera existencia; tenía las manos entrelazadas en un gesto de hondo pesar. El rostro estaba constreñido en una mueca lúgubre, que no alegraba mucho un pelo que le clareaba ya, rozando la calvicie, y una barba que parecía un experimento fallido. Llevaba unas gafas de cristales oscuros que se le clavaban en el arco de la nariz y no solo le enmarcaban los ojos, sino que se los enmascaraban. Debía de rondar los cuarenta. También él sonreía.

—Buenos días, soy Robert Cornwallis. Tengo entendido que quiere usted planificar con nosotros su funeral.

—Así es.

—¿Le han ofrecido café o té? Pase por aquí, por favor.

Condujo a la nueva cliente hasta una sala al fondo del pasillo. Era igual de sobria que la recepción... con una salvedad: en lugar de libros, había carpetas y folletos que, si se abrían, mostraban imágenes de ataúdes, coches fúnebres (tradicionales o tirados por caballos) y listas de precios. Repartidas entre dos estanterías había dispuestas varias urnas, por si la conversación derivaba hacia la incineración. Había dos sillones frente por frente, uno junto a un pequeño escritorio. Cornwallis se sentó en este último. Sacó una pluma, una Montblanc de plata, y la dejó sobre un cuaderno.

—Estamos hablando de su propio funeral... —empezó a decir.

—Sí. —La señora Cowper pareció de pronto apremiada, deseosa de ir al grano—. Ya he estado sopesando en parte los detalles. Entiendo que no tienen ningún problema con el tema.

—Todo lo contrario, las solicitudes personales son una parte importante de nuestro negocio. Hoy en día los funerales planificados de antemano y lo que podrían llamarse funerales «a medida» o «temáticos» son, *grosso modo*, el puntal de nuestro negocio. Es un privilegio poder proporcionar justo lo que nuestros clientes desean. Una vez que discutamos los detalles y, siempre que nuestras condiciones le parezcan aceptables, le proporcionaremos una factura detallada y un desglose de lo acordado. Sus familiares y amigos no tendrán que hacer nada, más allá de asistir al funeral, claro está. Y desde nuestra experiencia puedo asegurarle que les resultará de gran consuelo saber que todo se hará siguiendo al detalle sus deseos.

La señora Cowper asintió.

—Genial. Bueno, ¿empezamos entonces? —Respiró hondo y acto seguido se zambulló de lleno en el tema—. Quiero que me entierren en un ataúd de cartón.

Cornwallis hizo amago de hacer un primer apunte pero detuvo el plumín, que se quedó sobrevolando la hoja.

—Si lo que usted desea es un funeral sostenible, ¿podría sugerirle la madera reciclada, o incluso ramas de sauce trenzadas, en lugar del cartón? A veces el cartón no es todo lo... eficaz que se desearía. —Escogió las palabras con cuidado, dejando que se dibujaran todas las posibilidades en la mente de la clienta—. El sauce no es mucho más caro y resulta mucho más agradable a la vista.

—De acuerdo. Quiero que me entierren en el cementerio de Brompton, al lado de mi marido.

—¿Ha fallecido recientemente?

—Hace doce años. Ya tenemos la parcela, así que en ese sentido no habrá problema. Y en el oficio lo que me



gustaría es lo siguiente... —Abrió el bolso y sacó un folio que dejó sobre el escritorio.

El director de la funeraria bajó la vista.

—Veo que ya ha meditado usted bastante sobre el tema. Y se trata de un oficio muy bien pensado, si me permite que se lo diga. Con su parte religiosa y su parte humanista.

—Sí, en fin, hay un salmo... y también los Beatles. Un poema, algo de música clásica y un par de discursos. No quiero que la cosa se dilate demasiado.

—Podemos ajustar los tiempos al minuto...

Diana Cowper había planificado su funeral, y lo iba a necesitar. Ese mismo día, unas seis horas después, moría asesinada.

Cuando esto ocurrió, yo nunca había oído hablar de ella ni me enteré prácticamente de nada sobre su asesinato. Es posible que el titular me llamara la atención en el periódico —«muere asesinada la madre de un actor»—, pero las fotografías y el grueso de la noticia se habían centrado en su totalidad en el hijo, mucho más famoso, que justo iba a interpretar al protagonista de una nueva serie de televisión estadounidense. La conversación que acabo de detallar no es más que una aproximación, puesto que, evidentemente, no estuve presente. Sí que visité, no obstante, Cornwallis e Hijos y hablé largo y tendido tanto con Robert Cornwallis como con su secretaria (quien resultó ser también su prima), Irene Laws. A cualquiera que pase por Fulham Road no le costará identificar la funeraria. Las habitaciones son tal y como las he descrito. El resto de detalles los he tomado en su mayoría tanto de las declaraciones de los testigos como de los informes policiales.

Sabemos cuándo entró la señora Cowper a la funeraria porque sus movimientos quedaron registrados por las cámaras de seguridad tanto de la propia calle como del auto-

bús al que se subió esa mañana al lado de su casa. Utilizar el transporte público era una de sus excentricidades. Tranquilamente podría haberse permitido un chófer.

Salió de la funeraria a las doce menos cuarto y fue andando a la estación de metro de South Kensington, desde donde cogió la línea Piccadilly hasta la parada de Green Park. Tomó un almuerzo temprano con un amigo en el Café Murano, un restaurante caro de Saint James's Street, cerca de Fortnum & Mason. Desde allí fue en taxi al teatro The Globe, en la orilla sur del Támesis. No iba a ver ninguna obra. Perteneecía a la junta directiva, con la que se reunió en la primera planta del edificio desde las dos hasta poco antes de las cinco. Llegó a su casa a las seis y cinco. Acababa de empezar a llover pero llevaba paraguas y lo dejó en el perchero de falso estilo Victoriano que tenía junto a la puerta.

Media hora después alguien la estrangulaba.

Vivía en un elegante adosado de Britannia Road, justo pasada la zona de Chelsea que se conoce —muy apropiadamente en su caso— como Fin del Mundo. En su calle no había cámaras de seguridad, de modo que no había forma de saber quién entró o salió alrededor de la hora del crimen. En las casas que lindaban con la suya no había nadie; una era propiedad de un consorcio con sede en Dubái y solía estar alquilada, aunque no en la fecha que nos concierne; la otra pertenecía a un abogado jubilado y su mujer, pero estaban de vacaciones en el sur de Francia. Así que no, nadie oyó nada.

No la encontraron hasta pasados dos días. Andrea Kluvánek, la mujer eslovaca que iba a limpiar la casa dos veces por semana, fue quien descubrió el cadáver cuando entró en la casa el miércoles por la mañana. Diana Cowper yacía en el suelo del salón, tendida bocabajo. Tenía la garganta rodeada por un trozo de cordón rojo, con el que solía recoger las cortinas. En el informe forense, escrito con el estilo pragmático y casi desafectado propio de tales documentos,

se describían detalladamente las heridas contusas del cuello y las fracturas del hueso hioides y de la órbita ocular. Lo que vio Andrea fue muchísimo peor. Llevaba dos años trabajando en la casa y le había cogido cariño a su empleadora, quien siempre la había tratado amablemente y a menudo se tomaba el tiempo de compartir un café con ella. Aquel miércoles en cuestión, se vio ante un cadáver nada más abrir la puerta, y era uno que llevaba un tiempo en el sitio. La cara, o lo que se veía de ella, se había teñido de malva. Los ojos inertes miraban al infinito; la lengua, del doble de su tamaño normal, le colgaba por fuera en una mueca grotesca. Tenía un brazo extendido y un dedo con un anillo de diamantes la señalaba, como acusándola de algo. La calefacción central había estado encendida todo ese tiempo. El cuerpo empezaba a oler.

Según su declaración, Andrea no gritó. Tampoco le entraron arcadas. Se limitó a salir sigilosamente de la casa y a llamar a la policía desde su teléfono móvil. No volvió a entrar hasta la llegada de los agentes.

La primera hipótesis de la policía fue que Diana Cowper había sido víctima de un robo. En la casa faltaban algunos objetos, entre ellos, joyas y un ordenador portátil. Se notaba que la mayoría de las habitaciones habían sido registradas, pues su contenido estaba esparcido por doquier. Con todo, no había señales de que hubieran forzado nada. Era evidente que la señora Cowper le había abierto la puerta a su agresor, aunque no estaba tan claro si lo conocía o no. La habían sorprendido y estrangulado por detrás. Apenas había opuesto resistencia. No había ni huellas dactilares ni restos de ADN ni indicios de ningún tipo, lo que sugeriría que el autor del crimen había debido de prepararlo con sumo cuidado. La había distraído antes de arrancar el cordón rojo del gancho que había junto a la cortina de terciopelo del salón. Se le había acercado sigilosamente por detrás, se lo había pasado por encima de la cabeza y había tirado. No debió de tardar mucho más de un minuto en morir.

Pero eso fue hasta que la policía supo de su visita a Cornwallis e Hijos y comprendió que tenían entre manos un verdadero rompecabezas. Piénsenlo. ¿Quién planifica su propio funeral el mismo día en que lo asesinan? No pudo ser casualidad, ambos hechos debían estar relacionados. ¿Era la mujer consciente, a saber cómo, de que iba a morir? ¿Alguien la había visto entrar y salir de la funeraria y, por alguna razón, eso lo había impulsado a actuar? ¿Y quién sabía que había ido allí?

Se trataba sin duda de un misterio, de uno que exigía la intervención de un especialista. Pese a todo, no tenía absolutamente nada que ver conmigo.

Aunque eso no tardaría en cambiar.

## 2 Hawthorne

Me resulta fácil recordar la noche que mataron a Diana Cooper. Estaba de celebración con mi mujer: cena en el Moro de Exmouth Market y más copas de la cuenta. Esa tarde había pulsado el botón de Enviar en el ordenador para mandarle mi nueva novela a la editorial, dándole carpetazo así a ocho meses de trabajo.

*La casa de la seda* era una secuela de Sherlock Holmes que ni por asomo estaba en mis planes escribir. Los herederos de Conan Doyle, que habían decidido prestar por vez primera su apellido y su autorización para una nueva aventura, me lo habían propuesto un buen día y yo ni siquiera me lo había pensado dos veces. Cuando leí por primera vez los relatos de Sherlock Holmes tenía diecisiete años y me habían acompañado en la vida desde entonces. Lo que me fascinaba no era solo el personaje, aunque Holmes sea indudablemente el padre de todos los detectives modernos; tampoco los misterios en sí, por memorables que sean. Lo que más me atraía era el mundo en el que vivían Holmes y Watson: el Támesis, el traqueteo de los coches de punto sobre el empedrado de las calles, las farolas de gas, los remolinos de niebla londinense. Fue como si me hubieran invitado a mudarme al 221B de Baker Street y pudiera ser testigo mudo de la mejor amistad literaria de todos los tiempos. ¿Cómo negarme?

Desde el minuto uno comprendí que mi trabajo consistía en ser invisible. Intenté esconderme tras la sombra de Doyle, imitar sus tropos y manierismos literarios, sin llegar nunca a inmiscuirme, por decirlo así. No escribí nada que no hubiera escrito él mismo. Si lo menciono ahora es por-

que me preocupa estar tan en primera fila en estas páginas. Pero no me queda más remedio. Estoy escribiendo justo lo que pasó.

Por una vez tampoco andaba liado con ninguna serie de televisión. La producción de *Foyle's War*, mi serie policiaca ambientada en la Segunda Guerra Mundial, estaba parada y se había abierto un interrogante respecto a si habría otra temporada o no. Había escrito más de veinte capítulos de dos horas en el transcurso de dieciséis años, casi el triple de tiempo de lo que duró la guerra en sí. Estaba cansado. Y lo que era peor, tras llegar por fin al 15 de agosto de 1945, el Día de la Victoria, me había quedado sin guerra. No tenía nada claro cómo seguir. Uno de los actores había sugerido «*Foyle's Peace*», la paz de Foyle. No me pareció que pudiera funcionar.

Estaba, por lo demás, entre novela y novela. Por entonces se me conocía principalmente como escritor de literatura infantil, aunque en mi fuero interno deseaba que *La casa de la seda* cambiara esa circunstancia. En el año 2000 publiqué el primer volumen de una serie de aventuras sobre un espía adolescente llamado Alex Rider cuyos derechos acabaron vendiéndose por todo el mundo. Me encantaba escribir libros juveniles pero me preocupaba que, con el paso de los años, estuviera alejándome cada vez más de mi público. Acababa de cumplir los cincuenta y cinco, era hora de pasar página. Coincidió, además, con que me disponía a viajar a Hay-on-Wye para el festival, donde tenía que dar una charla sobre *Scorpia Rising*, el décimo y supuestamente último libro de la saga.

Es posible que de los proyectos que tenía sobre la mesa el que más me entusiasmara fuera el primer borrador de un guion cinematográfico: *Tintín 2*. Increíble pero cierto, Steven Spielberg me había contratado para escribirlo y estaba leyéndolo justo en esos días. La película la dirigiría Peter Jackson. No llegaba a hacerme a la idea de estar de pronto trabajando para los dos directores más importantes del

mundo, ni siquiera tenía claro cómo había ocurrido. Admitiré que estaba nervioso. Había leído el guion como unas doce veces y estaba haciendo lo posible por convencerme de que la cosa iba por buen camino. ¿Funcionaban los personajes? ¿Tenían fuerza suficiente las secuencias de acción? La casualidad había querido que Jackson y Spielberg estuvieran a punto de visitar Londres. Faltaba una semana para su llegada, e íbamos a reunirnos para comentar juntos el guion.

De modo que cuando me sonó el móvil y no reconocí el número me pregunté si sería alguno de los dos (aunque tampoco es que fuera a llamarme ninguno en persona; primero un asistente habría comprobado mi identidad y luego me habría pasado con él). Era cosa de las diez de la mañana y estaba en mi despacho, en la planta de arriba de mi casa, leyendo *El significado de la traición* de Rebecca West, un estudio de referencia sobre la vida en Gran Bretaña tras la Segunda Guerra Mundial. Empezaba a creer que quizá debiera llevar a Foyle en esa dirección, hacia la Guerra Fría. Lo lanzaría a ese mundo de espías, traidores, comunistas y científicos atómicos. Cerré el libro y respondí al móvil.

—¿Tony? —preguntó una voz.

Spielberg no era, eso estaba claro. No son muchos los que me llaman Tony, y para ser sincero, no me gusta. Siempre he sido Anthony o, para algunos amigos, Ant.

—¿Diga?

—¿Cómo va eso, colega? Soy Hawthorne.

En realidad lo había reconocido antes incluso de que me dijera el apellido. Esas vocales palatales, ese acento tan raro que no había por dónde cogerlo, medio *cockney*, medio del norte de Londres. Por no hablar del «colega».

—Señor Hawthorne —dije.

En su momento me lo presentaron como Daniel, pero desde el principio no me había sentido cómodo tuteándolo. Tampoco él utilizaba nunca su nombre de pila... De hecho, no volví a escuchárselo a nadie.